ARÁOZ ANZOÁTEGUI, RAÚL

A TIERRA Y CANTO

Pedid a los dioses, ¡oh labradores!, ve-
ranos lluviosos e inviernos apacibles

VIRGILIO

Siempre, cuando nos vienen las lluvias del verano
creciendo por los árboles,
escuchamos correr en la alta noche
un río interminable.

Bajo la noche blanca, mi corazón espera
en este valle, madurando;
trepando con las nubes las maderas del cielo,
iluminando campanarios.
Porque aquí voy haciendo la casa, los recuerdos,
voy haciendo en el aire, con mis manos.

Aquí todos entramos por mi puerta
y la guitarra ardiendo;
llegamos por el hombre
hasta los huesos.

De aquí también salimos
hacia mi perro
saltando pajonales transparentes;
y hacia el caballo ciego,
carpiendo sus tinieblas,
definitivamente, ahora, tendido en el crepúsculo.

Hacia lo que comienza
a golpearnos la vida
en todo el pecho.

Aquí aprenderemos a olvidar la corola
del otoño,

si la tarde detiene sus luces giratorias;
y como un alga de humo
que se agranda,
aguantamos la embestida violenta
de las plagas.

Oh volver otra vez a comentar,
a recibir el sol desierto en las espaldas
y llevártelo a cuestas.

Rodeados vamos de rocío
y de su lágrima celeste, casi humana:
desde su aroma
subimos por las plantas;
defendemos aquí la asombrada y purpúrea
flor de los tabacales a fuerza de milagros;
golpeamos los bejucos trepadores;
mientras asciende el año
paso a paso,
hierro a hierro
y Dios a Dios.

Día a día
me miro
en el tabaco,
buscando mi dolor definitivo.

COMO TODOS LOS DÍAS

Amor, ah vuelves a tocar mi puerta.
Como todos los días de la vida
entra tu eternidad,
y me traes, aquí, con tu alegría,
tus párpados, que pienso,
donde el otoño deja
en nuestra madurez, intacta su ternura.

No aquel viento lejano entre las hojas que andaban,
sueltas,
como un ladrón bajo los árboles;
sino esta transparencia, solar, mediterránea,

a plena luz de junio.

En este mediodía de silenciosas horas y altas,
puedo decirte amor, sediento,
y mirarte a los ojos. Y conmover tus ojos,
todavía.
Aquí olvido la lluvia, su golpe de granizo
en este limpio otoño,
sí, que nos une para siempre
o nos separa.

Pero no importa casi,
la intemperie del día, sus caídas de sol,
mientras huya la nube por el cielo.

Y mientras salga, por mis pies,
de cada eternidad,
y vuelva.

con mi esqueleto diurno,
a acariciar tu pelo, tus manos de lavar,
y así, a todas mis cosas de posar la vida, y de quererla.

DESDE EL CORAZÓN DE LA NOCHE

Hemos vuelto contigo
otra vez hacia el norte.

He ceñido mi brazo a tu cintura,
escuchando el rumor de la ensenada profunda de
la noche.

Porque tiene tu piel el color de la luna sobre el valle.
Y como un vino oscuro
de enmohecidos odres,
bebo el aire nocturno.

Porque allí, arriba,
tiemblan las estrellas
dibujando una red sumergida en el cielo.
(Acaso soy un pescador sonámbulo bajo la azulada

niebla).

¿Me recordáis montañas —tal vez me recordáis-
deambulando en la luz submarina y callada
que golpeaba mis ojos
en la noche desierta de la infancia?

Cuando llegaba el río del verano
con sus pasos perdidos.
Cuando la nube en los velados ventisqueros
emergían ante el cálido estupor de los bosques
antiguos.

Cuando todo el silencio alrededor, era un ramaje negro
o una campana muda
que movía,
quizá en mi corazón, sus manos taciturnas.

En medio de una noche como ésta, comencé a buscarte.
Pero entonces te amaba sin recuerdos;
sin la colina turbia ni la garganta desgastada del estío;
sobre un paisaje muerto.

Te amaba entre las ruinas de la noche
Como a una hoja amarilla
llevada por el viento hasta la puerta
de la noche infinita.
Para ello retornábamos más allá del asombro,
aún antes de la vida.

Luego la luz fue trabajando la forma de los árboles,
el aroma perfecto de la rosa y el temblor de la espiga,
hasta que nos hallamos y nos reconocimos
de pie, en el sexto día,
en la casa construida por la mano del hombre,
en el olor espeso de la tierra después de las
primeras lluvias.

Así pudimos conocer los años,
con sus inevitables jardines desvalidos, sus cortezas
vetustas;
el brillo opaco y vacilante
hundido en los desvanes en penumbra;
el alcanfor y la caoba, ciegos;
los largos tapizados ahogando los sonidos.
Así fuimos llegando
hasta nosotros mismos.

Otras veces subía la mañana con sus huertos en flor,
simplemente enseñándonos que habíamos venido
de la tierra,
como el fuego y el agua
y la madera.

Que fueron necesarios la ortiga y el insecto,
los gritos que morían en las riberas de oro, los
olvidados nombres,
¡ah, para que gozáramos nosotros,
en este preciso sosiego de la noche!